—Doctor, os tengo en concepto de hombre formal. ¿No hablais por lo tanto en broma? ¿Habeis meditado vuestras palabras? No puedo comprender cual es el golpe que me amenaza, y sin embargo, tiemblo de miedo.

—Y teneis razon, porque el golpe será rudo.

—Pues bien, id derecho al asunto sin vacilaciones ni reticencias..... tendré fuerzas y valor para oiros.

—Mucho vais á necesitar.

—Tendré todo el que sea menester. Hablad, pues.

—Ante todo, ¿estamos completamente solos?

—Completamente.

—Permitidme que me convenza de ello.

Máximo recorrió por dos veces la habitacion, alzó las cortinas y colgaduras, examinó las rendijas de las ventanas y cerró las puertas con llave.

Estas dilaciones, evidentemente calculadas, obedecian á un doble objeto.

En primer lugar, el doctor trataba realmente de asegurarse de que ningun oído indiscreto se hallaba al acecho de las espantosas confidencias que iba á revelar, y queria ademas persuadir al señor de Gordes de que era horrible lo que iba á saber. Por mucho que se le permitiese figurarse en el terreno de las conjeturas, lo horrible de la revelacion superará á todo.

Máximo se acercó al conde.

—¿Vamos, pues?—dijo este último, cuya anciedad é impaciencia era harto manifiestas.—¿Qué aguardais todavia?

—Ya nada.

—Hablad entonces, os lo suplico.

—Ante todo, dadme palabra de honor de tener calma, de permanecer tranquilo y hablaré.

—Os la doy.

—Escuchad, pues.

XXIII

Sobrecogido Raoul de un temor vago, que acrecia por segundos, fijaba en Máximo su mirada extraviada y esperaba con angustia oír sus primeras palabras.

—Reunid todo vuestro valor, señor conde—repitió el jóven doctor.—Preparaos, porque el golpe que vais á recibir es terrible, y la revelacion que voy á haceros es espantosa.

—Me habeis asegurado que el estado de la

condesa no se ha agravado desde ayer—balbuceó Raoul.

—Y os lo afirmo de nuevo.

—Hablad, pues, sin vacilacion ni temor. No me faltará el valor, os lo aseguro.

—Hasta ahora habeis atribuido la extraña y misteriosa enfermedad de la señora de Gordes á causas naturales.

—Sin duda, y esta misma era vuestra opinion.

—Sí—respondió Maximo,—y continuaba teniéndola hasta hace tres dias.

—Y hoy ¿qué pensais?

—Dios ha permitido que esclarezca el asunto, no quedándome mas que la pena, ó mejor dicho el remordimiento de tan larga ceguedad. Señor conde, en vuestra casa se comete un crímen.

—¿Un crímen?—repuso Raoul poniéndose lívido.

—Sí, un crímen de los mas viles é infames que se conocen. Asesinan á la señora de Gordes.... Se le asesina por medio del veneno, ¡y esto desde hace muchos meses!

El conde hizo un gesto sumamente brusco, cuyo sentido comprendió Máximo.

—¿No me creeis?—repuso.

—No, no os creo—dijo el hidalgo,—no pue-

do creeros, porque lo que decís es imposible. Juzgais por las apariencias, que, aun sin conocerlas, declaro desde luego faltas y engañosas. ¡Un crímen cometido á nuestros propios ojos! ¡Vamos, esto es una insensatez!.... ¿Quién puede cometer este crímen y con qué objeto? ¿Existe acaso criatura humana capaz de aborrecer al ángel que todos amamos y desear su muerte? ¡Nó. doctor! ¡Mil veces nó! Y aun prescindiendo de la imposibilidad moral de ejecutarlo, ¿no teneis para nada en cuenta la imposibilidad material?.... Juana se halla rodeada de personas que la quieren, y que darian su vida por ella.... ni Renée ni yo la abandonanamos, y vos estais á su lado constantemente... por otra parte, la abnegacion de Genoveva es incomparable, como muy bien sabeis.... ¿Como es, pues, posible salvar la valla humana que constituye este cúmulo de afectos?.... ¿Qué mano es la que derrama el veneno? No olvideis, doctor, que Renée es quien presenta á su hermana las medicinas que recetais y que Genoveva prepara.

Raoul, que aún sostenia el ardor de sus conviccionnes, iba á continuar, pero Máximo Giraud no le dejó proseguir.

—Todo eso lo sé—repuso. -Nada olvido, y os repito que tengais valor. Me preguntábais hace un momento que de quién seria la mano

que vertiera el veneno, y sin querer habeis pronunciado el nombre de la envenenadora.

—¡Qué!—balbuceó Raoul.—¿Genoveva?

—Nó—repuso Máximo.—Renée.

—¿La hermana de Juana?

—Su hermana.

Al principio de esta conversacion el señor de Gordes se sentó, ó mejor dicho se dejó caer en una silla. Al oír semejante revelacion subió una oleada de sangre á su rostro, y colbreó de púrpura sus lívidas mejillas. Levantóse de un salto, cogió las dos muñecas de Máximo, y mirándole de hito en hito, quemándole con su aliento, le dijo en voz baja, ronca y casi amenazadora:

—¡Cuidado, doctor, cuidado! Parece que estais demente, la locura os extravia. Por fortuna nadie mas que yo os oye. Pensad bien que semejante acusacion, tan audazmente formulada, es algo mas que una imprudencia.....

—¡Sería hasta un crímen, pardiez, si no pudiera probarse!—interumpió Máximo.—¿Creeis acaso que lo ignoro?

—¿De manera que sosteneis la acusacion?

—Sin ningun género de duda.

—¿Y podreis probarla?

—Por completo.

—¡Hacedlo, pues!

Nuestros lectores conocen ya en toda su plenitud las pruebas que terribles, luminosas é indiscutibles obraban en poder del doctor, y que éste, con una sangre fria de que no se hubiera creido capaz en semejante ocasion, puso lenta y minuciosamente de manifiesto ante los ojos del conde.

No era posible discutir con la evidencia, y el señor de Gordes tuvo que escuchar tan horrendo relato, la cabeza inclinada, el rostro sombrio y los ojos, ora llenos de lágrimas, ora relampagueando de ira.

Su mano derecha se hallaba contraida sobre el pecho, y al retirarla, la pechera de su camisa vióse teñida con algunas gotas de sangre.

—¿He suministrado suficientes pruebas?—dijo Máximo.—¿Estais ya convencido?.

Raoul respondió *si* con un gesto de muda elocuencia.

—¡Su hermana!..—balbuceó en seguida como hablando consigo mismo.—¡Su hermana!... ¡Oh, Dios mio! Pero ¿por qué? ¿Por qué asesina á Juana, que tanto la quiere? ¿A Juana que la sonrie, recibiendo la muerte de su mano?

Levantó la cabeza, y dejando ver su rostro desfigurado por lo horrible de semejante acusacion, prosiguó:

—¿Luego es verdad?.... ¡Es efectivamente posible tanta infamia, y Dios lo permite!.... Aún existen en el mundo mónstruos humanos

mil veces peores que las fieras.... La raza Cain no ha muerto.... Revive entera en Renée. ¡Solo que Renée es mucho mas infame, mucho mas que Cain! ¡Abel no abrazó á Cain en el momento de cometer éste el fratricidio! Ante el brazo y la sonrisa de Abel, tal vez Cain hubiera vacilado.... Renée ni aun ante esto se ha detenido.

El señor de Gordes se retorció las manos. Un prolongado estremecimiento recorrió su cuerpo. Secáronse las lágrimas que corrian por sus blancas mejillas, y sus facciones adquirieron una formidable expresion de ódio y amenaza.

—¿Que expiacion bastará para tan inaudito crímen?—prosiguió diciendo con voz cada vez mas ronca.—¿Conoceis alguna, doctor? ¡El cadalso es aun poco! ¡Venid!

—¿A donde?—preguntó Máximo.—¿A donde quereis ir, y qué pretendeis hacer?

—Quiero apoderarme de la miserable.... arrancarla de esta habitacion donde ejecuta su obra, arrancarla con mi misma mano, y constituirme en su carcelero hasta la llegada de la justicia, á quien avisaré al momento.

—La justicia—respondió Máximo,—nada tiene que hacer aquí. No podeis nunca entregarla á la hermana de la condesa, muy bien lo sabeis.

—Preciso es, sin embargo, que la miserable tenga su castigo.

—Nuestro deber es desenmascararla.

—Nuestro primer deber es callarnos.

—¿Callarnos?—exclamó estupefacto el señor de Gordes.

—Sí.

—¿Acaso pretendeis que aparentemos ignorarlo todo?

—Justamente.

—Explicaos, doctor, porque no os comprendo.

—Vais á comprenderme. El otro dia decia á Genoveva, que como vos queria desenmascarar al momento á la infame: sabemos quien es la envenenadora, pero no conocemos el veneno, y necesito saberlo para tener una leve probabilidad de salvar á la señora de Gordes.

—Obligaremos á Renée á que hable.

—¿Y como?

—Por todos los medios posibles.

—¿Cual son los que pensais poner en práctica?

—Renée Leroux no teme á nadie en el mundo; demasiado probado lo tiene.

—Si esto no basta, apelaré hasta la violencia.

—Medio indigno de vos, y por otra parte completamente inútil.... Renée negaria lo mismo su crímen con una audacia diabólica, y

aun cuando para ello fuese necesario emplear el tormento, permaneceria muda acerca del particular.

—¡Es, sin embargo, preciso que hable!—balbuceó el conde juntando las manos con ademan suplicante.—Es preciso tanto mas, doctor, cuanto que habeis dicho que la única probabilidad de salvar á Juana depende de la confesion de Renée.

—¿Teneis en mí confianza?—preguntó Máximo al señor de Gordes, como se le habia preguntado á Genoveva.

—Como en Dios—respondió el conde.

—Pues bien: si me permitís que os guíe por algunos momentos, si me prometeis no obrar sino con arreglo á mis consejos, creo poderos asegurar que la envenenadora hablará.

—Guiadme, doctor—respondió el señor de Gordes, con la misma sinceridad que lo habia dicho á Genoveva el dia antes.—En vuestras manos abdico mi libre albedrio. Mandadme obrar y obraré.... ¿qué es preciso hacer?

Máximo explicó su plan en pocas palabras.

Nuestros lectores le conocerán por sus resultados, pues en este momento sería, cuando menos, supérfluo el darlos á conocer.

—¿Contais con ese resultado, señor conde?—preguntó Máximo cuando hubo concluido de trazarlo.

—Tengo en él completa confianza—replicó Raoul.

Máximo tocó un timbre.

El ayuda de cámara apareció en el momento.

—¿Sabeis donde está la señorita Renée?—preguntó el señor de Gordes.

—Sí, señor conde, la señorita Renée se pasea hace un momento en la terraza delante del castillo.

—Id y decidla de mi parte que la agradeceré mucho venga á buscarme aquí.

—Está bien, señor conde.

—En seguida direis al jefe de la caballeriza que dé órden de enganchar un carruaje para el señor doctor, y que esté preparado para despues del almuerzo. Id pronto.

El ayuda de cámara cumplió sin perder un momento las órdenes que habia recibido respecto de la hermana de la condesita.

Renée iba y venia con paso lento y hasta automático, paseándose en la terraza por entre los tiestos de seculares naranjos, y las mitológicas estátuas de Coustou y Pigalle.

Deteníase momentáneamente sin apercibirse de ello, interrogaba con vaga mirada los lejanos horizontes del parque, ó mirando sin fijarse en ellas las flores de las cestas colocadas á sus piés.

¿En qué pensaba tan odiosa criatura? Nues-

tros lectores pueden figurárselo tan bien como nosotros. Renée no tenia hacia mucho tiempo mas que una idea fija, en la que se resumian todas las demas.

Al saber que su cuñado deseaba hablarla sin tardanza, se sobresaltó, sus cejas se fruncieron y el estremecimiento de su nariz acusó una súbita emocion.

—¿Qué puede quererme?—preguntóse.

Durante breves segundos buscó sin encontrar la clave de este enigma, y haciendo un ademan que significaba claramente *suceda lo que quiera*, se encaminó resueltamente al castillo, dirigiéndose á la habitacion del conde de Gordes.

XXIV

Al franquear Renée el dintel de la habitacion del conde, hallábase algo mas pálida que de ordinario, aunque resuelta y completamente dueña de sí misma.

La presencia del doctor al lado de Raoul le

causó una sorpresa mezclada de desconfianza, que supo ocultar con maravillosa sangre fria.

Saludó con una ligera inclinacion de cabeza á Máximo, á quien trataba siempre con desden, y dirigiéndose al señor de Gordes, le dijo tendiéndole la mano:

—Buenos dias, hermano mio; acaban de decirme que deseais verme, y he supuesto naturalmente que cuando me mandabais llamar en lugar de venir á buscarme, se trata de algo importante y muy urgente, por lo que me he apresurado á venir.

Necesario le fué á Raoul una fuerza de voluntad poco comun para no dejar traslucir la revolucion que se operó en todo su sér al acercársele su hermana. Alteráronse los músculos de su rostro. Un fuego sombrio iluminó sus pupilas, que sus párpados inclinados velaron en seguida; respiraron sus facciones su habitual expresion de profunda melancolia, y su mano helada tocó la de la jóven.

—Gracias, hermana mia—repuso con acento que una súbita ronquera hacia apenas perceptible,—trátase, con efecto, de una cosa muy grave que necesitais conocer al momento. Pero decidme; ¿estais mala, no es verdad?

—¿Por qué me lo preguntais?—murmuró Renée.

—Vuestras mejillas tienen la palidez del